

PERSONAJES



Salvador Calva Carrasco



Narrativa
Latinoamericana

¡Hecho con el corazón en México! Este libro se realizó sin ningún tipo de apoyo económico y/o editorial externo a Editorial Paroxismo. ¡Nos declaramos una editorial independiente!

Diseño de la colección: Albán Aira
Portada: Foto de la Library of Congress de Estados Unidos

Primera edición: diciembre, 2014

www.editorial-paroxismo.com

Manuel Carpio 70
Santa María la Ribera
México, DF, 06400

ISBN-10: 0615959563

Impreso en el Gabacho

Para Zyanya

ALGUNAS NOCHES

PRIMERO fue la bruja de las noches. Entraba sin permiso a mi cama y besaba alguna parte de mi tierno cuerpo: muslos, abdomen, cuello, mejillas. Al menos un mes entero soñé con ella y cada mañana despertaba con una gota morada en la piel. Creí que la bruja era la muerte, que antes de dormir ella esperaba junto a mi cama, ella y yo solos, nadie más, bajo las sábanas.

Recuerdo la noche cuando la bruja se apareció por última vez. Como siempre, fui a la cama minutos antes de las dos de la madrugada. (Tenía una llave y un cerrojo.) El canto de la luna y el viento nocturno fecundaron las horas.

Una mordida fue lo que me dejó la bruja. Me escurrí en la cama, que, a diferencia de las mujeres, permanece tibia por siempre. El sueño fue extraño. Yo y un hombre de rostro que aún no descifro conversábamos. Hasta que lo vi a los ojos me preguntó: "¿seguro que está aquí?" Sin admirarme de su pregunta —en los sueños nada es extraño, sólo la vigilia— le respondí que… y entonces mis ojos me forzaron a volver del lado donde tal vez había un vacío: allí estaba la bruja de las noches, y ni siquiera tuve tiempo de despertar mis párpados para negarle la entrada. Entró. Me apretaba por dentro, no sólo dentro del sueño, sino dentro de mí; sentí su pulgar amenazador varias veces en el cuello y justo ahí mordió. Desperté por el dolor y porque necesitaba de este aire que sólo en vida se gasta.

(Una soga atrapó mi cuello y me acariciaba como el mar alguna vez acarició a mi abuelo. Las voces eran tenues. No sé si era la muerte o sólo unos abismales ojos que acortaban la distancia entre ellos y yo, como el que está a punto de perder un tesoro atado a una cuerda y tira con fuerza. Cuerda y tesoro, otra vez ella, otra vez él.)

Mi abuelo colmó sus horas en busca de ese amor que le pertenecía. Pobre abuelo, la buscó tanto y sólo hasta su final supo que ella estaba en el límite, en ese fin suyo. Cuando la encontró y reconoció que era ella, se resignó a morir como el que se resigna a llevarse a todos lados. Mi abuelo refería que el mar de sus sueños era la mar, ella, y que algún día podría ir hasta las olas donde, sin explicárselo, se hubiera dejado caer para que la mar lo apresara como sólo las olas lo saben hacer.

Después fue la cegadora lluvia (anunciaba la llegada de la última pesadilla, la que no me atrevo a ver y que siento en mi carne). Pienso que mi abuelo me preparó para esto. Apenas amanecía, abuelo agitaba mi pierna para despertarme con la historia de sus noches; yo, por el contrario, nunca lo hice. Tampoco supo mi abuelo de la bruja, mucho menos de la lluvia, ya estaba muerto. (Aún lo está, la muerte es un río.) Abuelo regresaba a la ventana de la casa y así, en soledad, urdía nuevos sueños que pudieran sorprenderme a la mañana siguiente. Era tal su pasión por ellos que al final se convirtieron en el reto de su vida: primero quiso saber qué soñaba dentro del sueño, dijo que había sido fácil; más tarde consiguió extraer su voz, yo mismo lo oí. Aprendió a narrar sus sueños mientras soñaba, cada color o cada destello o cada negro lo describía

de forma minuciosa. Tejía los sueños en el día y los recordaba bajo el sopor de la almohada; pero hay algo que no pudo hacer y en eso tengo ventaja: regresar a la realidad sin abrir los ojos, despertar a la hora elegida. No pudo oler el miedo que transpira el cuerpo, mucho menos llevar los sueños a la realidad.

Soñé la lluvia en repetidas ocasiones. Afuera y tras mis ojos era el frío y la ropa húmeda pronto escurridiza. Llovió en el sueño y llovió en la casa. Mi ropa, las sábanas, las dos cobijas, todo mojado; escurría el agua hasta la puerta y como un fugitivo del encierro se deslizaba sin hacer ruido. ("Silencio, silencio, y adentro llueve y adentro estoy preso, y quiero salir"), así desperté. También soñé que caminaba a través de un extenso bosque. De todas direcciones me abatió la lluvia; el aire se encargaba de subirla y bajarla; ninguna gota murió en

tierra. El miedo llegó cuando me pregunté qué estaba del otro lado de ese mar, quién rondaba mis pasos, quién era ella que apretaba mi vida. Temí morir en sueños sin ver el desgaste de la piel, como hubiera sucedido en manos de la bruja. Detrás de la cortina traslúcida alguien estaba viéndome.

(Mi abuelo quería que su destino fuera la mar. Él y la mar inmensa, perfectos. Cuando supo que era la muerte no tuvo nada que hacer y corrió tras ella, sin más, sin decirme adiós.)

Mi última pesadilla está por llegar y hace cuatro días que no duermo. La vi venir desde el principio y hasta ahora no tengo un plan para matarla. ¿Los sueños pueden morir? Desde hace cuatro días estoy alerta, mis párpados exigen un breve descanso, pero no cedo. Opté por recorrer la casa, después de todo nunca lo había hecho. Al principio

extenué mis pasos sin algún entusiasmo y me puse feliz por ese otro mundo representado en un pequeño exterior. La casa tiene un jardín donde los rayos del sol pican a tierra; el pasto es verde y crece con el silencio de la soledad. Desde la azotea de la casa el cielo se ve mejor, es inmenso y por él deseé tanto ser como mi abuelo, para urdir un nuevo sueño cada noche. "Soñar con el cielo". La casa tiene dos cuartos: uno, el de mi abuelo —su cuerpo aún permanece ahí—; el otro es el mío. De la cocina sólo queda la fría estufa, que parece una roca enorme encogida de hombros.

Cuarto día, hoy en la mañana. Descubrí un espejo en la habitación donde descansa mi abuelo. El espejo me mostró un cuerpo hecho de pesadillas. Pasé mi mano por esa otra cara desconocida, ahí estaba la bruja de las noches escondida tras el párpado. Decidí ale-

jarme del espejo y del mundo y del cuarto de mi abuelo que me mostraba ese mundo y de este sueño que traigo; decidí alejarme para dormir.

La última pesadilla es una criatura que en mis horas de sueño y otras de desvelo la fui perfeccionando. Es una criatura de aspecto lóbrego, aciago, verde, y estoy seguro de que proviene de ese cielo maldito de luz que embelesa primero para luego agredir la vista, esa otra luz mínima repartida entre las personas. La siento bajo mi piel y se mueve con el ritmo de la sangre, la siento colgada de la cuerda de las sienes, ansiosa ya por salir. Ni la bruja ni la lluvia me encarcelaron de esta forma. Si duermo saldrá de mi pecho y se posará en él (ella y mi pecho, la llave por fin se retira para abrir la puerta, deja de penetrar para ser libre y olvidar un vacío justo donde el corazón golpea); antes de que yo despierte,

sentiré su latido con dos luces de espejo que me miran fijamente y no podré evadir su mirada. Rehúso dormir y ahora me refugio en la vigilia. La muerte concedió a mi abuelo el placer de soñar aún cadáver.

Luego de verme en el espejo, pretendí quitarme los ojos y negar el azul tan azul y el verde inquietante y el cristalino color de ese espejo; pensé en matar mi propio sueño y esa idea me llevó hasta este momento… ya veo noche. Todavía no quiero dormir, alargo los instantes y alcanzo el quinto día y escribo. Cuando llevé a mi abuelo hasta su cama encontré unas hojas desperdigadas de vigilia. Escribo. Escribo para no rendirme, escribo porque sólo así podré retardar su llegada…

(Escucho su respiración. Sé que me observa.)

ENTREACTO

SOY Macbeth, rey de Escocia, y me arrepiento. En mi juventud, seducido por la tragedia, admiré los personajes de Shakespeare. Lear y Julio César fueron mi inspiración y mi sueño; pero ninguno como Macbeth. Ensayé con horror y dedicación sus líneas. Pronto los espejos disimularon mi rostro. Así, nuestro ascenso a los escenarios fue inevitable. Los aplausos, las críticas y las dilatadas temporadas desairaron a la ficción. El teatro era un arte sin muros. Prodigué tiempo y memoria a un personaje más hecho de tinta que de polvo. Era tal su requisa, que pronto la vida me pareció una impostura.

Entre galas y esplendores tuve que reducir las jornadas de trabajo para recuperar a toda costa mi personalidad. En un par de semanas sus facciones se disolvían, sus ojos negros se tornaban café claro y la sonrisa volvía a mi boca. Buscaba campos abiertos y atardeceres con sol. Cualquier sitio era mejor que el teatro. Entonces soñaba con recuerdos propios y una obra que actuar.

Pero la materia de la que estamos hechos: el tiempo, y nuestros dioses: los astros, nos orillan a la finitud y la desdicha. Ayer anunció el director una temporada más. Mi corazón estuvo a punto de florecer. Creí que el terreno recuperado se perdía en una sola jugada. Dentro de mí, o quizá yo mismo, me complacía de la victoria.

Del pasado y del presente es posible escapar, no así del futuro. Tengo la esperanza de vivir sin el recuerdo de

Macbeth. La realidad o el teatro, lo ignoro, me orilla a tramar una jugada no prevista. La esperanza está en la carne de Duncan. Si el rey cae, nunca más tendré que matarlo; su sangre no enturbiará cada noche mi alma. Truenos y relámpagos…

(*Se abre el telón.*)

BANQUO

DESPUÉS de la batalla en la que pereció el noruego, Macbeth y Banquo se dirigen a Forres. A mitad de un pálido páramo, tres brujas, tejidas en signos más que forjadas de carne y hueso, dictan la suerte de los amigos. El primero rey será; el segundo engendrará una larga estirpe de reyes, pero no descansará nunca una corona en sus sienes.

La verdad, bien lo saben quienes temen a los dioses, no puede ser proferida por el demonio. El libre albedrío es la verdadera cualidad del hombre. Banquo, ambicioso, desafía a los dos, incluso a la historia de su hacedor, y prolonga el

sueño de Duncan, rey de Escocia, y jura la muerte de Macbeth.

FLOR DE VENGANZA

y flor de venganza tu huerto me dio.
Rafael Hernández

DESGRACIA y nada más fue la herencia de mi padre. Cayó de bruces con el cuello y la cara atravesados por el filo rencoroso del acero. Los hombres de don Porfirio siguieron sus pasos tan de cerca que pronto se confundieron con su sombra; subieron y bajaron las colinas como coyotes; olieron las ramas y rascaron la tierra en busca de fogatas sofocadas. El cazador, pronto presa, entregó su vida a los caminos azarosos de las lomas. Un hombre desesperado, perdido en la telaraña de la muerte, con la respi-

ración cortada, olvidó su venganza y se dejó llevar cuesta abajo. Con el sonido de la guitarra —lo recuerdo— mi hermano Alfonso trató de llenar su ausencia. Cuando la noche se hizo infinita, Alfonso apoyó la guitarra en la pared y se acostó después de musitar algún rezo o alguna maldición.

Lloré la muerte de mi padre como es dado llorar a una mujer. Alfonso, en cambio, se miraba serio todo el tiempo. Sin causa aparente, juraba en voz alta el fin de don Porfirio, a veces a la mesa, a veces al despertar. Por él nunca acepté la resignación y crecí con el odio. El rencor maldito me orilló a preguntar lo que, cuando niña, no quise saber.

—A la muerte de mamá —comenzó Alfonso— nuestro padre se enamoró de una joven. Libertad era su nombre; una cualquiera, si me lo preguntas. Muchos fueron los que requirie-

ron su amor, pero nadie consiguió una mirada suya; era parte de su encanto. Sus labios eran dos hilos color carmesí; sus pestañas, palmeras al sol. Nunca supe cómo llegó a los brazos de nuestro padre. Creo que lo quiso, después de todo.

Hizo una pausa.

—Pero desconfía de la vida cuando muestre el lado amable de las cosas, pues siempre una desgracia tiñe de rojo el cielo. La mujer desapareció un día y mi padre no pudo llorarla. Poco tiempo después, en una cantina, un hombre reveló que su patrón, don Porfirio, había sido el culpable de la muerte de una joven llamada Libertad. Nuestro padre arrancó de los labios de aquel hombre el lugar donde podía encontrar al tal Porfirio. Sin pensarlo, emprendió su caza. Lo que no imaginó fue que debía matar a un puñado de insectos...

Hace tanto de eso —fingió interrumpirse— que todavía me parece verte en el patio entre muñecas y soledad.

Alfonso omitió detalles que con el tiempo adiviné. Omitió la huida, el acecho, la persecución, los caballos y los perros, la lluvia; omitió que mi padre se dejó llevar por el amor sin medir las consecuencias; omitió que, a sus ojos, fue un tonto; omitió que, si la muerte es atroz, la dignidad de un hombre se convierte en lástima y deshonra. Alfonso omitió los detalles de la muerte, los gritos y el sufrimiento que se esparcieron en la oscuridad, porque hablar de ello hubiera sido compadecer a nuestro padre.

Tramar una digna venganza fue la tarea de Alfonso desde aquel día. Primero exploró la montaña que cercaba los dominios de don Porfirio. Supo, así, que eran suyas las tierras del valle y que decenas de hombres estaban a su servi-

cio; conoció la cañada, el túnel, la cueva y pasó días, semanas, fuera de casa. Yo, mientras tanto, jugaba a ser niño y hacía cosas de hombre. Con el temor de que algún extraño me diera la noticia de la muerte de mi hermano, traté de ensayar mi vida sin él. Cortaba leña para venderla en el pueblo y cazaba presas fáciles. Antes de dormir, dejaba la puerta entreabierta por si Alfonso regresaba.

Alfonso volvía, siempre volvía, con hambre, sed y con el sol a cuestas, con ropa distinta. Me contaba sobre los riesgos nuevos a los que se había enfrentado. Yo lo atendía como una madre o una esposa, no lo sé. Lavaba sus pies y dormía en su cama. "Estuve a punto de caer en manos de los hombres de don Porfirio, pero nunca llegaron a pisarme los talones", decía. "Don Porfirio, esta vez, supone que hay alguien que lo ronda y le dará muerte", murmuró una no-

che. “No sabe qué hacer, me busca por todas partes”, exclamaba con orgullo. Alfonso no tuvo empacho en confesarme su plan, que iba cambiando en cada regreso. Conocí sus pasos, sus movimientos, cada atajo me fue revelado como un secreto.

La última vez me contó su arribo a la hacienda de don Porfirio.

—Una hacienda hermosa —dijo con una sonrisa de labios partidos— poblada de magueyes y caballos. Escuché la voz de don Porfirio y supe de inmediato que era él. Su voz es rasposa como el aguardiente. Le gusta cabalgar en la mañana y descansar por la tarde. Como sea, es un hombre y sabemos que morirá con el perdón en la boca. Ya está viejo, pero tiene tantos perros como sirvientes. Lo difícil no es matarlo, sino tenerlo cerca.

Fue entonces que temí por la vida de Alfonso. Temí porque la muerte rondaba de nuevo, porque sentía próxima la venganza. El día que partió, lloré en su pecho ya no como madre ni esposa, lloré como una hermana desconsolada por la suerte.

—Pasaré esta noche en la montaña —dijo sin mirarme—. Cuando considere que es el momento oportuno, me adentraré en las tierras de don Porfirio y vengaré a nuestro padre. Tienes que prometerme, Consuelo, que te irás de aquí si no regreso. Sabrás de mi muerte de inmediato. Pero estoy seguro de que regresaré bañado de sangre y nos iremos para siempre.

Partió con un cuchillo que yo misma afilé, partió con sed de muerte y deseo en los ojos. Lo seguí con el pensamiento. Esa misma noche llegó a los límites de las tierras de don Porfirio,

muy cerca de donde pastan las vacas. Repasó el plan, refugiado en la sombra de algún árbol. Imaginó a mi padre en su último suspiro; eso le daba fuerzas, hervía la sangre. Tal vez lloró. (Alfonso era un roble, pero cuando el recuerdo le funcionaba, volvía a ser niño.) Antes de que el sol asomara un dedo en el horizonte, salió con rumbo a la cueva en la que los trabajadores de don Porfirio descansan en días de lluvia. Ya en la noche, todavía en la cueva, se refugió en una pequeña bóveda aislada por murciélagos. Cubrió su nariz, soportó el guano. Salió, al fin, con rumbo a las caballerizas. Caminó lentamente, como el claro de luna, deslizándose por las sombras. Llegó a las caballerizas y confió en el silencio y en el temprano descanso de los animales. No es difícil imaginar que algún peón lo vio, pero su rapidez y sigilo sofocaron las palabras de alerta. No

quería enfrentarse a los hombres de don Porfirio; sólo la muerte del asesino daría paz a su alma. Iba oscuro bajo la sombra de la noche…

Busqué su cuerpo con impaciencia. El fango mantuvo frescos algunos miembros. Las heridas, aún tiernas, narraban su caída, su angustia, su miedo, su enojo frustrado en manos de un hombre invencible del que sólo pudo ver su rostro sin rozarlo siquiera. La lluvia caía. Los cabellos largos y cenizos cubrían la herida, que era mía también. Como pude, a rastras, llevé el cuerpo a nuestra casa. Alfonso valía una tumba sobre la que yo pudiera llorar. Un sentimiento parecido al odio me carcomía las manos ansiosas de venganza. Tomé el cuchillo de mi hermano, que yo misma afilé. Mientras cubría con tierra su cuerpo maltrecho, maquinaba la muerte de don Porfirio.

ROUGE

LOS cuerpos sin vida de tres hombres, una mujer y una niña fueron hallados en diferentes puntos de la ciudad. Dos murieron por estrangulamiento, según los primeros datos de las autoridades. Las víctimas llevan la marca, la misma que hace años tuvo una madre soltera en la zona VII, quien, además, llevaba una inscripción: "Felicidad"...

Los gritos de la noche habían colmado su orgullo y fueron canciones para su descanso. Dobló el diario, lo abandonó en una banca y siguió su camino. Atardecía. Las calles eran algo menos que murmullos. Subió las escaleras y se dirigió a la puerta número siete. La golpeó

un par de veces. Mientras esperaba, acomodó el nudo de su corbata. La puerta se abrió al fin. Era Tercero, quien lo invitó a pasar. Apenas estuvo dentro, recibió el aplauso de los otros. Cuarto y Quinto se dirigieron a él y lo escoltaron a su asiento. El resto silbaba; seguían los aplausos. Séptimo descorchó un par de botellas y sirvió de forma diligente junto con Sexto. Sólo Primero permanecía sentado, aunque con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando el vino estuvo servido, cuando los aplausos cesaron, Segundo acomodó de nuevo su corbata, tomó asiento, junto a Primero, y dirigió unas palabras:

—Anoche perpetré un crimen digno del silencio. Hoy la ciudad vela la tristeza, hoy la ciudad sabe que hay un grupo de hombres valientes que vigila el destino de sus hijos. Cinco muertos bajo

el mismo signo. Con su venia, un nuevo desafío aguardo.

El resto lanzó otra vez alabanzas y felicitaciones al hombre que se perfilaba como el nuevo líder. Segundo extendió su copa de vino y todos bebieron hasta el fondo. Todavía Séptimo, quizá conmovido por la contundencia del discurso, fue hasta Segundo y le rindió honores con un simple saludo de manos. "No hay duda", decían. Entonces Primero tomó la palabra y habló de la siguiente forma:

—Compañeros de causa, como saben, deseo abandonar la dicha de ser Primero. Renuncio porque el dolor es más fuerte que nuestro juramento; renuncio porque peligra el fiel principio de aquello que nos mantiene con vida. Si no encontraba pronto un sustituto, hubiera cedido ante la misericordia y el perdón… Pues bien, tengo ante mí a un

heredero. Nunca la Tierra estuvo tan orgullosa de un hombre y creo que no habrá nadie como Segundo que combata con tanto ahínco la infelicidad. ¡Brindo por el nuevo mesías!

Afuera, la gente multiplicaba el silencio.

—Comparto su reverencia hacia Segundo —continuó— y admiro de igual forma su convicción. Ahora no queda más que una empresa. Sólo yo y él sabremos de su triunfo. Nuestra historia, de memoria compartida, olvidará pronto mi rostro, no así la fidelidad de mis actos.

Bebió el resto de vino y concluyó.

—Si me lo permiten, hablaré con Segundo a solas.

Ambos se dirigieron a un rincón de la casa, mientras el resto continuaba con el brindis. Una ventana impávida

escuchaba las lentas palabras de Primero.

—Pocas son las cosas que debes aprender y muchas las que no debes olvidar. Las exigencias son mínimas, pero ninguna de ellas es flexible. La justicia de espíritu mueve nuestro mundo. Dudar de esta fortaleza, merece la muerte.

”A los cinco años perdí a quien más quería. Aún recuerdo la lluvia y la tarde roja, señales incorruptibles del advenimiento. Un hombre preguntó por mi padre. De manera inocente, lo invité a pasar y señalé la habitación donde se encontraba. El hombre fingió una caricia en mi cabello. Entonces un disparo y después la marca. Fue quizá Sexto, quizá Tercero, quizá yo mismo, que limpiaba la ciudad. Admito que lloré la pérdida de mi padre, pues era mi única com-

pañía. A veces pienso que debí correr su misma fortuna…

Segundo memorizaba cada palabra.

—La función vital de Primero, como lo sabes, es elegir a un sucesor. Si fallas, yo mismo te daré muerte. Toma el tren con rumbo al Sur. El tren te llevará a la ciudad X. Atiende cualquier llamado. Limpia las calles de la ciudad, pero, escucha con atención, sólo una muerte justificará el viaje. Nada más.

Vale decir que el festejo continuó por largas horas y que Segundo tomó el tren esa misma noche. La ciudad X se encontraba a un día de distancia. El alcohol había trastocado los sentidos de Segundo, quien se dejó vencer por el sueño.

Los rayos del sol golpearon sus párpados a la mañana siguiente. Las ventanas corregían las formas del paisaje

y el rojo era el único color que lo llenaba. Un túnel sorprendió a Segundo y los rieles que como sombra repetían el caudal de un río dibujaron una sonrisa en su rostro. Llevaba en su alforja un arma de fuego; en el bolsillo, una navaja. El silencio y la muerte eran su costumbre.

La ciudad no tardó en teñirse de rojo. Un hombre sudoroso, encorvado, cuya jornada laboral había sido acuciosa, fue la primera víctima. Segundo lo apuñaló un par de veces. Las muertes solían ser apresuradas, bajo la intimidad del sufrimiento. Si era necesario, un simple disparo terminaba el cometido. "No se trata de postergar el dolor, pero sí de gozar el privilegio que es morir", decía. A veces Segundo procuraba redimir a más de una persona por noche. Los infantes eran sus favoritos: ajenos a los prejuicios, sin rencores podridos, sin conceptos.

Mientras, los días y los cuerpos caían. De manera inexplicable la ciudad empezaba a verlo con naturalidad, pues la costumbre sacraliza los accidentes. Se ignora cuánto tiempo estuvo ahí, pero dejó de ser extranjero. Ahora comenzaba a sentirse en casa, esa que nunca tuvo y que lo cubrió de rencor. Las calles al principio eran circunstancias, escenarios; las rutas no significaban nada para él, sólo senderos ignotos, y terminaron siendo recorridos interiores en sus paseos nocturnos. No es difícil asegurar que temía al fracaso. ¿Y si ya había perpetuado el crimen?...

Una tarde platicó largo rato con una mujer, quien lloraba a causa de amor. Ella encontró refugio en Segundo, hombre comprensivo y acaso atento a sus desdichas. Para ella, esas horas dibujaron una esperanza; para él, la forma del signo, el trazo simétrico en un pecho

inútil y sin consuelo. Segundo le dijo que “el amor era la causa más tonta de infelicidad” y puso fin a la vida de la mujer. Empezaba a llover.

Pocas horas después de esa misma tarde, roja entre las tardes, escuchó en medio de la lluvia un llanto infantil. Si algo conocía eran las máscaras de la tristeza. El sonido provenía de lo más profundo de una casa. Segundo se adentró en ella. En una de las habitaciones encontró el cuerpo de un hombre. (Ahí estaba la marca.) A su lado, empapado en lágrimas y sangre, un niño. La escena hubiera enternecido a cualquiera. Segundo comprendió que era tiempo de volver. Sin pensarlo, porque la infelicidad debe ser erradicada de este mundo, tomó su arma y disparó.

LA CIUDAD
DE LOS DIOSES

ABRUMADO por la idea del destino, emprendió su viaje a La Ciudad de los Dioses (que muchos llaman La Ciudad Oculta). Partió antes del amanecer, cuando las horas son más tranquilas.

Caminó al Norte por las intrincadas montañas teñidas de nieve. Pronto la gente le pareció hostil, de rasgos duros y marcas en el rostro. Él, en cambio, ostentaba facciones afiladas y su piel era francamente pálida. Varias veces tuvo que esconderse entre los espesos bosques, las impasibles cuevas o pedir refugio en hostales de dudosa seguridad para salvar su vida; aunque las densas vesti-

duras disfrazaron todo el tiempo sus rasgos de extranjero. Preguntó por mapas, libros o rumores que lo condujeran a la ciudad. Kabir, un joven que había desertado de un monasterio, le reveló que uno de los monjes, bajo el influjo del néctar de las flores, aseguró la existencia de La Ciudad Oculta, alguna vez morada de los divinos. Más allá de la Gran Serpiente encontró el monasterio y, en él, un cenobita de ojos grises. "La ciudad existe, estoy cierto de ello", escuchó, "pero sólo muros y fantasmas se alojan ahí".

Se dirigió después al Occidente. Es más que sabido que el pensamiento del mundo se concentra en esas tierras. Visitó las universidades de mayor prosapia y siguió como discípulo las enseñanzas de varios maestros. Aprendió la botánica y la alquimia; a leer los astros, los

números y las costumbres de la naturaleza.

Por aquellos años, se corría el rumor de que los occidentales planeaban atacar y conquistar gran parte de los territorios todavía inmunes a sus estrategias de guerra y sus altos comandantes (sólo Alejandro convertiría este sueño en realidad). Dicha acción fue bien vista por nuestro personaje, ya que, según él, era muy noble compartir la grandeza de los occidentales con el resto de las personas. Había olvidado por completo su origen y sus tierras.

Una noche se encontró con un comerciante, más hueso que carne, de nombre Kovalán. Buscaba desde hacía décadas a su única hija, Sara, de cabellos rojos y azarosos lunares. "Los dioses no existen", decía serenamente Kovalán, "si existieran, Sara estaría en mis brazos, queriéndome, y ese aventurero de las

tierras amarillas, de quien tanto se habla, llegaría a su destino". Fue así que nuestro personaje recordó quién era y el porqué de su peregrinar.

Él y Kovalán recorrieron juntos las ciudades de Occidente: uno en busca de su hija y el otro en busca de una referencia certera que lo guiara a La Ciudad Oculta. Llegaron por fin al mar. Ahí, un navegante los acogió varias noches en su barco y los llevó tan lejos de la costa que las aguas cubrían sus ojos. El marinero juraba por su vida que más allá del océano, rumbo al Oeste, había tierras fértiles, adornadas de oro y plata. Lo tomaron por un loco.

Esas noches en el mar fueron posiblemente las más placenteras de su recorrido. Arrullado por las olas, tan de frente con las estrellas, agradecía el milagro de la vida.

Sin éxito, tuvo que partir a los valles centrales. Escuchó que en esas regiones el comercio había llegado a tal extremo que incluso vendían hombres; pero cualquier historia se quedaba corta con la realidad. Los hombres comerciaban hombres, era cierto, pero también mujeres, niños, animales exóticos, incluso objetos que sólo servían de adorno. Todos los caminos llevaban al Centro y todos alguna vez pasaban por ahí. Las personas de la región trabajaban jornadas brutales para después despilfarrar sus ganancias. Hasta ese entonces comprendió el rostro de la soledad, la miseria, el hastío y las riquezas en sus proporciones más extremas. Compartió la mesa con reyes, exiliados, prostitutas, ladrones y artistas.

Un día, en medio de un carnaval, encontró a Sara. Le refirió cómo su padre iba tienda tras tienda preguntando

por su hija de cabellos rojos y azarosos lunares. Le contó la historia del marinero y de las montañas de agua. A ella no le importó. "Mi destino está lejos de mi pasado", fue lo último que dijo antes de abrirse camino entre la gente.

Vino entonces el Sur, colmado de colores y verdes jardines, abundantes ríos y cascadas, bendición para viajeros. El común de las personas del Sur era la ignorancia y la falta de quehacer; sus horas pasaban al ritmo del ocio. Lo que más atrapó su atención fueron las costumbres de estos pueblos. Música de viento y de tambores, por ejemplo, amenizaban las fiestas de cumpleaños, bodas, el nacimiento del hijo primogénito, incluso los entierros y sus respectivas ceremonias fúnebres. Ahí aprendió un refrán: "Polvo eres y polvo te convertirás; si te embebes en llanto, pronto morirás".

En una de las ciudades del Sur fue víctima del amor. Tuvo en sus brazos a una mujer de tez morena y ojos verdes llamada Berenice. La quiso tanto que olvidó de nuevo su pasado y la idea obstinada de encontrar La Ciudad Oculta. La quiso tanto que lloró en su hombro la noche de bodas y dijo que nunca más huiría de su vida, pues incluso "el destino puede ser bueno y estar bien para los hombres". No obstante, unas cuantas noches después de la boda tuvo un sueño. En el sueño una voz le reveló que La Ciudad Oculta lo esperaba entre su nueva casa y su ciudad natal. Debía caminar hasta donde la tierra estuviera partida en dos.

Como el primer día, salió antes del amanecer, cuando las horas son más tranquilas. Esta vez no hizo escala en ningún pueblo, antes bien lo rodeaba con el objeto de no distraerse ni perder la

imagen del recorrido que llevaba como tortura en la mente.

Arribó al lugar indicado: a la tierra dividida. Era una grieta tan profunda como el sueño. Miró a lo lejos, donde vio un poco de cielo y un poco de la otra orilla. Pensó que La Ciudad de los Dioses estaba al otro lado, inalcanzable. Hizo una marca donde se encontraba y reinició su caminata por el borde de la hendidura. Conjeturó que en cualquiera de las dos direcciones posibles, izquierda o derecha, tendría que encontrar alguna unión con la tierra de allá. Fue inútil. Caminó hasta donde podía ver y la línea se dilataba. Después de varias semanas, regresó a la marca que había dejado y durmió por horas.

Soñó por primera vez desde su partida con su mujer y sus dos hijos, hasta ahora nunca dichos. Ellos se veían altos y fuertes; a ella, en cambio, el

tiempo y la espera la habían desgastado. Lloró en sueños y las lágrimas brotaron de sus ojos de olvido y desesperanza. Despertó. Una intensa lluvia había limpiado sus vestiduras y su vista. Como una revelación, como un secreto, pensó que La Ciudad de los Dioses estaba debajo de él, que los templos y plazas se erigían bajo sus pies, como raíces. Confió su vida en verdes y largas ramas que lo ayudaron a descender por la fisura.

¿Cómo describir lo que sus ojos vieron? Era una ciudad abandonada, terrosa, cubierta de polvo y cenizas, en fragmentos. Había centenas de escaleras, plazas germinando de la piedra y sostenidas en el extremo opuesto por dos pilares, pequeñas viviendas con una sola ventana y fuentes de las que brotaban cántaros de agua que caían al vacío. Merodeó sin rumbo fijo. Se detuvo bajo el arco de un enorme templo en cuyo

interior estaban grabados los mapas del resto de las ciudades; en una esquina, tierras fértiles sitiadas por el numeroso mar, tierras de oro y plata. Salió de aquel templo y encontró, con la cabeza rastra en el suelo, un animal de gran tamaño y temerosa ternura, de largos cuernos y pelaje puntiagudo. Tomó un fruto de cáscara luminosa y lo aproximó al hocico de la bestia. Este gesto le aseguró un acompañante hasta el final del recorrido.

Al filo de la luna se encontró con un extenso mural que narraba la vida de los hombres. Buscó su rostro entre la multitud. Distinguió su cuerpo, de espaldas, desdibujado, junto a una bestia que miraba fijamente el suelo. Y una mano que trazaba su silueta. "¿Quién eres?", musitó, "¿y qué es eso que desde el cielo escudriña mi vida?"

No pude responder.

LOS MUROS
Y LAS PALABRAS

LA CIUDAD se erige con las letras de la Palabra. Ella relumbra a mitad del templo en forma de fuego, como un grito volcado sobre sí. Los sabios la guardan celosamente y sólo el mayor goza de un privilegio único: interrogarla. Cuando el patriarca muere, la gente se arremolina en los muros y detiene su respiración con la esperanza de escuchar algún secreto. Nada.

Un día la Palabra abandonó su estancia. El pueblo entero emprendió su búsqueda sin éxito. Yo mismo escudriñé la cima de las montañas, el corazón del roble más viejo, bajo la sombra de las

hojas. Uno de los sabios, cegado por la locura, trató de convencernos de su inutilidad; pero la sequía se prolongó, la muralla que aislaba nuestra ciudad se fue desmoronando letra a letra y fuimos atacados por el pueblo del Norte.

Entonces ocurrió el milagro. Aquella noche, en el ocaso de la batalla, germinó de mi boca la Palabra y su fulgor llenó mis ojos de entendimiento. Pronto la lluvia fecundó los campos, los muros se erigieron de nuevo, ganamos la guerra y mi espíritu cayó enfermo.

LA CIUDAD DERRUIDA

SU CUERPO fue hallado bajo la sombra de un sauce. Se dice que buscó la muerte en el veneno de la oronja blanca. Otros refieren que pronunció el hechizo que disfraza los segundos en años. En *Vida y obra de los patriarcas* no figura su nombre. Este documento sólo puede ser leído por mí y el próximo dignatario a la edad de 16 años.

Mi tarea milenaria consiste en preparar al nuevo prelado en las disciplinas que todo gobernante debe conocer: las ciencias y la magia, los astros y los números, los cantos y relatos que sustentan la vida. Si el patriarca muere, los sabios gobiernan la ciudad hasta que

el siguiente cumpla 16. Las estrellas escriben su nombre en el firmamento y revelan el camino hasta su morada. Ante el Fuego Eterno, arrebatado por el éxtasis, descifro los signos. Los sabios, entonces, emprenden la búsqueda que puede durar meses. A su regreso, la ciudad entera festeja el arribo del nuevo gobernante.

La formación es larga y requiere de enseñanza y dedicación rigurosas. Debe conocer, por ejemplo, los nombres de las plantas que crecen en la ciudad, su uso, brebajes posibles, los venenos que apresuran la muerte. Sin profanar el rostro de la naturaleza, el patriarca conoce tanto como el botánico más docto.

Cuando cumple 16 años, dejo de ser el maestro y me convierto en una simple compañía. Con la lectura de *Vida y obra de los patriarcas* termina su preparación, pues aprende lo que se ha registra-

do en los libros sagrados (excepto uno, ¡que la historia me perdone!).

El patriarca es el único hombre que está en comunión con el universo; yo sólo soy un simple servidor. Uno de sus dones es el poder de la palabra, que es pan y aliento para sabios y comunes, para fuertes y débiles. Somos un pueblo erigido por la palabra. Los palacios y el muro que nos aísla, el campo que alimenta nuestras bocas, son creaciones de la imaginación. Lo son porque los verbos sostienen los pilares y los adjetivos decoran las paredes.

El Patriarca contaba 12 años cuando se presentó ante mí por vez primera. Le pregunté su nombre, que nunca mis labios repitieron, y respondió con seguridad. Me postré ante él, besé sus mejillas y mi cuerpo tembló. Procedía de las olvidadas tierras del sur, cerca del volcán y al filo del muro. Su familia

realizaba trabajos de pastoreo. En cuanto supo que su destino era guiar un pueblo, lo aceptó con sabiduría más que con resignación. Era un gran soñador, un joven extremadamente melancólico y solitario. Una mañana me dijo que el remedio para su mal estaba en el jugo de helenio reposado en la piel de un camaleón, pero que prefería la tristeza a la falsa alegría. Recuerdo cuando, por error o por azar, observó la palma de mi mano izquierda y preguntó el porqué de mi secreto.

Entendía al pie de la letra las leyes que velaban por el orden y la paz de la ciudad, y tal vez nunca pensó romperlas. Ordenó, por ejemplo, que yo presenciara las reuniones de los sabios, ya que él lo tenía prohibido; que la gente dejara de llamarlo Señor; que los problemas importantes de la ciudad se analizaran en un juicio antes de recurrir a su conse-

jo. Nada de esto estaba escrito en las leyes, pero tampoco lo prohibían.

Cuando cumplió 16 años me dijo que era inútil leer el libro que guardaba celosamente (por un momento tuve miedo), pues la vida de sus antecesores estaba escrita en su rostro. Esa fue la primera prueba, el primer signo. Gobernó con justicia. Fue siempre valiente, respetuoso y humilde. La gente lo rodeaba y besaba sus vestiduras. Nunca, desde que el agua es agua, había visto a un dignatario tan preocupado por su pueblo.

Todavía recuerdo la epidemia del olvido que mis ojos no quisieron ver, el segundo signo y la segunda prueba. Una nube gris cubrió por completo las aldeas del norte. Se expandía con diligencia. La gente perdía la memoria y sus ojos tornábanse grises. El Patriarca asaltó todos los templos sagrados de la ciu-

dad y arrojó al Fuego Eterno los libros que fielmente registraban la historia de nuestra civilización. "Los poetas se encargarán de reconstruir el pasado", dijo sin más.

El destino de un patriarca es preservar el espíritu de una comunidad a través de su figura y fortaleza; pero todas sus acciones son favorecidas por la gracia de los cielos. Ni siquiera él debe levantar la mirada y cuestionar a los dioses; más bien, postrarse ante la magia del agua que purifica nuestros cuerpos, aceptar los designios de las estrellas, las leyes que están fuera de la razón. Los dioses son los únicos guías, la verdad, la última palabra. Un sacerdote, por su lado, debe velar el cumplimiento de las leyes divinas.

Muchos años atrás tuve una visión que con el tiempo entendí. Un hombre explicaría con palabras el uni-

verso, descifraría no el origen del mundo, empresa inútil, sino la cartografía del mañana. Sería un hombre piadoso, justo, humilde, agudo de entendimiento. Sanar por completo a los enfermos, regresar la luz a los ciegos, curar la lepra, dar vida a las rocas, convertir las hojas de los árboles en livianas aves y caminar sobre las aguas serían algunos de sus atributos. En *El libro de las profecías*, resguardado por la selva, escribí los signos y las líneas de su cara. Al principio, la dicha me embargó; perdía la razón con la lectura de las historias que yo mismo trazaba, abandonado, lejos de mí. Historias de un hombre envidiable, suma de las cosas, descendencia divina. Me preguntaba si lo conocería, si mis labios besarían sus mejillas.

Soy un siervo de los dioses, esclavo de sus propósitos. Las líneas de mi mano cambiaron de dirección el día que

acepté el mandato conferido por ellos: matar al Patriarca. Un gobernante tan lleno de poder, tan sabio, usurparía así el trono de los omnipotentes. El cielo promete la permanencia de la ciudad si muere un hombre, uno solo. Los dioses creen que el Patriarca es sumamente soberbio, por ello me eligieron su verdugo, su libertador.

Después de la epidemia del olvido, le tomó poco tiempo dar con la verdad. Negaba mis visitas, nunca más puso un pie en el templo y desobedeció siempre a los sabios. A pesar de ello, veló por el bienestar de la gente. Una tarde vino a buscarme al templo para debatir sobre el sentido de las escrituras. Desde la puerta gritó que yo estaba cegado por los dioses, que él estaba dispuesto a enfrentarlos, pero no a verme como un enemigo. También habló de una gran guerra en la que nuestra ciudad

(era absurdo, somos un pueblo de paz) sería derrocada. Dijo que los dioses habían tomado partido ya, que habían elegido otras tierras más fértiles que las nuestras, en las que fundarían un imperio infinito. "De todas formas —insistió— la ciudad será derruida por el tiempo". Yo, por supuesto, negué sus argumentos. Respondí que la ciudad elegida era la nuestra, que su muerte aseguraría la vida de todos y que los dioses habían puesto sus ojos en mí para cumplir tal designio. No me escuchó o fingió no hacerlo.

A la mañana siguiente, el Patriarca murió.

PAPELEO

LUNES en la mañana. Cinco minutos antes son suficientes para saludar al resto de mis compañeros, preparar la primera taza de café y abrir puntualmente la ventanilla. 9:00 am. Una larga fila de estudiantes aguarda, documentos en mano y con algo de inseguridad, su turno. Mi nombre deambula por los pasillos, en la papelería, en los escritorios de todas las facultades. No hay forma de que estos imberbes obtengan títulos, certificados, comprobantes o liberación de documentos sin mi anuencia. Un papel mal acomodado, una hoja maltrecha, una copia faltante son acaso la sonrisa de mis días. No en vano el rector…

—Disculpe, venía a…

—¿Venías o vienes? —apresuro la broma que me corrobora como el hombre que tiene el poder.

—Vengo…

—Eso supuse.

—Vengo a tramitar…

—¿Puedes exhibirme tu comprobante de pago? —interrumpo, porque en el mundo administrativo sobran las palabras.

—¿Comprobante de pago? —repite.

Ya no sé si trabajo en una universidad o en una escuela para retrasados. No tengo algo en contra de las personas con capacidades diferentes, pero me parece que sostendría una conversación más elevada con una de ellas. Arrebato sus papeles. Lo suponía, expediente a medias, mal acomodado, basura. Antes de que el joven concluya su perorata, cierro la carpeta y le digo que revise de

nuevo los requisitos. Señalo de manera automática la lista de documentos para dicho trámite, pegada con dedicación y buena ortografía en la parte superior derecha de la ventanilla. Todo esto mientras degusto mi café.

—¿Entonces me falta el comprobante de pago?

Respondo con un sí apenas sugerido. El joven advierte que no puede obtener nada más de mí y sale de la fila.

Admito que los lunes son mis días favoritos. Por alguna extraña razón, los estudiantes vienen con mayores ánimos (o compromiso) cada inicio de semana. Mi trabajo me llena de orgullo, no hay ni un detalle que pase desapercibido ante mis ojos. No en vano el rector… Me doy cuenta de que una mujer con evidentes cincuenta años espera a que yo, no entiendo por qué si a todas

luces ella continúa, le haga una seña. Digo, con voz estruendosa:

—¡Siguiente!

—Buenos días, vengo de la Facultad X, traigo mi documentación…

Apenas abro su expediente y veo que se trata de esas personas que tienen años sin poner un pie en la universidad. Antes de que empiece a contarme su vida, le digo con altos decibelios que su certificado y otros documentos más han expirado, que es preciso actualizarlos y que debe leer bien la convocatoria antes de pasar a ventanilla.

—¿Perdóneme? Estoy a punto de obtener mi título de doctora, ¿que lea bien? —replica mientras reviso sus fotografías y me digo que a esta edad el retoque debe reglamentarse.

La mujer me arrebata su carpeta atiborrada de documentos amarillos y solicita mi nombre.

—Con gusto: Atolino Gómez Fino.

Refunfuña un par de blasfemias, las mismas de siempre. Que me acusará, que le dirá a mi jefe, que tiene un nieto influyente, etcétera.

—No se preocupe, tomé la precaución de estar basificado. ¡Siguiente! —digo con orgullo y sorbeteo mi café.

No en vano el rector me congratuló con la medalla al servicio estudiantil. 25 años y hasta ahora ningún expediente rechazado. No tengo por qué hacer excepciones.

—Aquí tienes —dice de manera golpeada un joven irresponsable. No me interesa. Tampoco lo saludo. Paso de inmediato al papeleo. Con cierta admiración, noto que la carta está en orden, lugar y fecha correctos, sin el famoso "del 2013", sino "de 2013", como debe ser. Sangrías pertinentes y no sangría y espacio. Cada copia firmada. Paso a su

documentación personal y nada de dobleces ni papeles sudados. Las fotocopias claras, sin manchas innecesarias ni descuadradas. Sus comprobantes de pago con el número de cuenta y nombre completo, primero apellido paterno, materno, una coma y el nombre al final. Los formularios sin mayusculismo, con acentos, nada de “Nacionalidad: Mexicano”. Los originales aparte y con un clip, sólo para verificar datos. Los documentos que deben ir engrapados, engrapados están. La Clave Única de Registro de Población al 200 por ciento, legible. El comprobante de domicilio actualizado, qué digo actualizado, finiquito hace unas semanas. Después su identificación con fotografía, con la misma dirección, nada de cartas de terceros, y por ambos lados. Todo en dos juegos.

Hago una pausa.

Esto sólo puede ser obra de una persona, me digo.

—¿De qué facultad eres? —no resisto la tentación.

—J —responde.

Zoila, por supuesto. Regresó. Su dedicación, su pulcritud, siempre eficiente. Muchos trabajadores sólo se preocupan por ascender y no desempeñar con diligencia su labor; ella siempre lo hacía con esmero y apego a los formatos. Tardé tanto en deducir su nombre en la nómina, en intuir su cubículo, en hablar con ella. Puntual, eso sí; justa, sin duda alguna; cumplida, cómo dudarlo.

—¿Entonces no falta nada?

—Lo lamento, hay varios campos de tu solicitud erróneamente llenados. Ve a Control Escolar de tu facultad, llénalo de nuevo y regresas enseguida. No es necesario que te formes.

Antes de entregar el expediente, cambio el orden de los papeles. Antepongo la cartilla militar en lugar del acta de nacimiento. Un movimiento tan grotesco no puede ignorarse.

Nunca supe su edad, aunque parecía tener la experiencia de una mujer a punto de jubilarse. Durante años nuestra relación fue un ida y vuelta de documentos intachables. Leía su vida en cada expediente y preví el momento de su salida. Confieso que lloré. El recuerdo de una pestaña doblada en la carpeta de un alumno de excelencia me estrujó. Zoila se fue a un lugar donde los trámites tenían sentido y las cuotas eran voluntarias. En su puesto acomodaron a un tipo asqueroso que comía en su escritorio.

Nos conocimos en la fiesta de fin de año de los trabajadores. Se veía hermosa. Vestía un traje sastre, dos piezas,

color gris, zapatos bajos. Ese día resolvimos el mundo burocrático mientras bebíamos sidra. Coincidimos en la necesidad de agregar un par de documentos más en el trámite de titulación y otros tantos en cualquier tipo de constancias. La llevé hasta la puerta de su casa a eso de las diez, pues ninguno de los dos estaba interesado en sostener una plática con el resto de los trabajadores. Antes de bajar del auto, me dijo que se la había pasado muy bien y, en un arrebato de locura, nos dimos un beso.

De nuevo el joven. Le hago una seña y lo invito a pasar hasta el frente. Noto el descontento de los otros estudiantes. Me abalanzo sobre los papeles. Ahí está. Para muchos pudo haber sido una errata que se corrige con el cotejo de originales; pero no en ella, no bajo su mirada. El desliz para mí es más que notorio, atre-

vido, si se me permite. Hay una ligera duda, una pequeña línea en las primeras letras de la Clave Única de Registro de Población en uno de los formularios. Estuvo a punto de colocar una A en lugar de la S al inicio de la clave: CACS. Claro, me digo, después de mirar los apellidos del joven. Sonrío, porque Zoila así lo previó. Quiero gritarlo.

—Volvió —digo.

—Sí, quiero concluir mi trámite el día de hoy, por eso volví.

¡Tú no, pendejo! ¡Ella, Zoila! ¿Es que no lo ves?

—Te falta el historial completo con foto y certificado por la secretaria de tu departamento.

—¡Pero ese requisito no viene en la convocatoria!

—¿Qué quieres que haga? Las reglas son las reglas.

Decido enviar a Zoila un mensaje directo y contundente. En el cronograma que presenta el joven de su proyecto de tesis, consigno el visto bueno con la fecha de hoy, por supuesto, pero también con la hora de salida de Zoila. Las 6:00 pm, según recuerdo.

—Aquí lo espero —señalo.

Bebo la tercera taza de café de la mañana. Con suerte, el joven regresará antes de la hora de comida. Lo veo salir como un mensajero del amor, como un heraldo, como un evangelista.

Hablo con mi jefe para pedirle cinco minutos antes de las 6:00 pm. Sorprendido, me pregunta si me siento bien. Invento cualquier excusa. No hay problema, sentencia.

La viejita colegiala de nuevo, pero esta vez no pongo resistencia alguna ante su papeleo amarillento. De hecho, recibo con amabilidad todos y cada uno

de los expedientes. Los formularios a medio llenar y/o mal contestados, las hojas firmadas, las copias faltantes, las grapas, los clips, las fotos, qué importa. Atiendo a varios estudiantes por minuto, la fila se disuelve, los trámites caen a cuentagotas. Platico con el resto de mis compañeros. Estos, extrañados del cambio tan repentino en mí, sugieren que vayamos a comer. Respondo que adelantaré un poco el trabajo pendiente y que, es más, no cerraré a la hora de comida, después de todo saldré cinco minutos antes. Como quieras, responden, y se van entre bromas y risas.

Firmo, corrijo, me asomo, una copia más, atiendo a un estudiante, a otro, después la fila sola. Nada. Mis compañeros regresan; toman, como siempre, diez minutos más de la hora de comida, se la pasan de escritorio en escritorio. Pienso en Zoila. Si tan sólo me

viera, la voracidad con la que ahora mismo ayudo a la comunidad estudiantil, al futuro de México, estaría orgullosa. El joven no regresa. ¿Acaso habrá dejado para mañana su trámite? No, no lo creo, mencionó que deseaba terminarlo hoy mismo. Tal vez Zoila planea algo magnífico, alguna seña inesperada. De sólo pensarlo, creo que me enamoro más de ella.

El joven aparece. 5:50 pm. La oficina luce desierta y he consumado, por supuesto, todos los pendientes. El joven musita cualquier cosa. Examino la documentación. Junto al Vo. Bo., tímida, ansiosa, se aprecia una palomita de aprobación trazada con un lápiz del número 2, tan verdadera como un título impreso en cuero, tan nítida como un documento escaneado.

—¿Calvo Carrasco, Salvador?

—Calva, no Calvo.

—Su trámite estará listo en diez días hábiles. Eso es todo.

—Menos mal, muchas gracias.

—A sus órdenes.

De última hora, una joven pide que la atienda, pero le digo que por esta ocasión la oficina se cerrará ahora mismo, que me disculpe, que después la ayudaré con gusto, que mañana incluso abriré poco antes de las 9:00, que lea los documentos y que los ordene tal como aparecen en la lista. Guardo mi taza, sin lavar; cierro el cajón, digo adiós a todos y me apresuro a la Facultad J. Tendidos en el pasto, veo cómo los jóvenes ignoran el porvenir, la larga vida laboral que los espera, el trabajo como aventura, y pienso en Zoila.

Llego a J y la veo, sin duda es ella. Espera con impaciencia. 6:02 pm. Esa estudiante inconsciente, pienso, y

veo a Zoila. El cabello recogido, medias negras, el cuello cubierto. Se ve hermosa y eficiente, de cuerpo y expedientes perfectos. Toco su brazo.

—Zoila, venía… —arriesgo.

—¿Venías o vienes? —pregunta con sorna y me digo que es ella y nadie más.

EL LENGUAJE DE LAS AVES

UN HOMBRE fue al mercado de esclavos con la intención de comprar un joven negro. Lo encontró, lo palpó, lo miró detenidamente y al fin lo llevó ante su esposa, a quien dijo:

—Sírvete de él.

El joven pronto se distinguió entre la servidumbre. Con esmero atendía a su señora: llevaba sus atuendos cada vez que ella tomaba el baño, inclusive le aconsejaba el uso de ciertos perfumes; cortaba frutos maduros y los ponía a su alcance; frotaba sus pies después de largas caminatas o vertía ungüentos en su espalda anudada; la cubría del sol y de la

lluvia; incluso alguna vez veló su sueño contaminado por la fiebre. El esposo, satisfecho con los servicios del esclavo, ordenó a su mujer que diera un paseo por los jardines en compañía de éste.

—Así lo haré mañana mismo —respondió la esposa.

El esclavo, siempre cerca de su señora, al escuchar lo anterior, buscó frutos, pan y vino. Preparó tres canastos y se dirigió al jardín horas antes de la partida. Ahí colocó el pan a la sombra de un árbol, los frutos en otro y el vino en uno más.

Salieron entonces de paseo. La mujer llevaba un largo y liviano vestido blanco, tan liviano que una hoja de tilo podía desgarrarlo. Pocos pasos después de haber entrado al jardín, un ave cantó con elocuentes sonidos.

—Has dicho la verdad —sentenció el esclavo.

—Veo que entiendes el lenguaje de las aves.

—Así es, señora mía.

—¿Y cuáles fueron sus palabras?

—Dijo que bajo este árbol hay un canasto lleno de pan crujiente del que podemos disponer.

La esposa avanzó hasta el árbol y encontró, en efecto, un canasto lleno de pan. Comieron hasta saciar su hambre y continuaron después su camino.

Más adelante escucharon el trinar de un pájaro de plumaje vistoso.

—Has dicho la verdad —aseveró el esclavo.

—¿Qué fue lo que dijo esta hermosa ave? —preguntó de nuevo ella.

—Que bajo este árbol hay un canasto lleno de frutas jugosas como las del jar-

dín de Aquel Que No Duerme, el Clemente, el Misericordioso.

Esta vez los dos se acercaron al árbol y bajo su sombra encontraron el canasto. Comieron hasta saciar su hambre y prosiguieron luego su camino.

Pasaron entonces a un rincón del jardín, donde la luz era escasa y había una fuente decorada con flores de loto. Un ruiseñor cantaba. Por tercera vez, pronunció el esclavo:

—Has dicho la verdad.

—¿Qué es lo que dice el ruiseñor con su melodioso canto?

—Dice que bajo el follaje de este enorme árbol, que bebe de la fuente, hay un tercer canasto con brebajes de lejanas tierras, cuyo sabor exalta los sentidos y el deseo.

Ella, gustosa de comprobar las palabras de su esclavo, buscó y halló el

canasto. Ambos bebieron al borde de los secretos.

Continuaron su paseo por el innumerable jardín y en la rama de un árbol graznó un cuervo con sinceridad. Esta vez, el esclavo tomó una piedra y la lanzó con el afán de matarlo. Ella preguntó:

—¿Por qué quieres hacerle daño?, ¿qué fue lo que dijo?

—Señora mía, podría herir tus oídos.

—Dímelo sin avergonzarte. Yo no tengo secretos ante mi esposo; tú no debes tenerlos ante mí.

El esclavo, entonces, habló de la siguiente manera:

—Esta ave de plumaje oscuro, carroñera y de mal agüero graznó: "Haz con tu ama lo mismo que ella hace con tu señor".

La mujer, al oír sus palabras, mostró inusitada alegría.

—Esclavo mío —acarició sus cabellos—, he leído de principio a fin *Las mil y una noches*, donde se cuenta nuestra historia, y sé que has mentido con el objeto de tenerme entre tus brazos; no resisto otro favor.

LUCRECIA

Hacedlas cual las buscáis
Sor Juana Inés de la Cruz

EL SONIDO infranqueable de la alarma dibujó un gesto de desagrado en el rostro de Lucrecia. Encendió la radio y, con el cabello revuelto, caminó al baño, descalza. Aguardó el agua caliente bajo la regadera. El chorro opacó los bostezos y la letra de la canción de la semana. Tenía la garganta seca y la piel enrojecida. El agua caliente nunca llegó. Envolvió la toalla en su cuerpo apenas se sintió limpia y caminó a la sala. Dos llamadas. Era Christian. Cuatro mensajes más de él: los dos primeros de amor; el tercero,

un tanto ansioso; el último, de reclamo. Decidió marcarle.

—¿Dónde estás?, hace media hora… —se escuchó una voz.

La toalla cayó al suelo, húmeda, pesada, y con ella el celular. El cuerpo delgado y blanco de Lucrecia quedó suspendido a mitad de la estancia. Un hombre, en el edificio de enfrente, café en mano, fue partícipe de la escena. Lucrecia ni siquiera notó que las cortinas estaban semiabiertas; aquél no vio que los cabellos de Lucrecia escurrían en picada por su espalda, que en la entrepierna quedaba un resabio de baba, o espuma, o jabón, como una perla que pende del lóbulo; pero tampoco le faltaban elementos para encontrar su café en el punto justo de amargor y dulzura.

—¡Ya casi estoy lista! —se escuchó la voz de la esposa desde la habitación.

—No te apures, amor, tómate tu tiempo —dijo, mientras le daba un nuevo sorbo a la taza.

La mirada de este hombre entró como ventolera por las comisuras de los cristales y rozó el ápice del pecho de Lucrecia, quien sintió calosfríos. Los vellos de los brazos se erizaron; después, como si musitaran en su nuca algún conjuro, Lucrecia arqueó la espalda de gato electrificado. Morena, rolliza, de busto grande y un poco de celulitis, por qué no, así la miró ese hombre.

—Se me cayó el teléfono… —Lucrecia recogió con la mano izquierda la toalla y con la otra el celular—. No pude marcarte… —tomó asiento en el sillón, cruzó la pierna y una gota recorrió el declive del muslo.

—¿Por qué no me respondes?, ¿dónde estás? —exigió Christian.

Entonces Lucrecia reparó en la ausencia de su voz. Las palabras se atropellaban en su mente, pero de todas ellas ninguna navegaba por los recovecos del departamento. Se escuchaban sólo los anuncios de la radio. Enfrente, el hombre besaba con exagerada obstinación a su esposa, quien lucía un traje sastre entallado. Lucrecia gritó, pero fue un grito de pensamiento. Mientras tanto, Christian y sus letanías.

—¿Por qué me cuelgas?, ¿estás con tus amigos, verdad? —reclamos, reclamos, reclamos.

—…

Aquél amenazaba con terminar cuatro años de noviazgo y unos meses de compromiso, que siempre es igual, que nunca me marcas, que te quedas callada, que esto, que lo otro.

—¡Si todavía te intereso, estaré en mi casa! —entre lloroso y fúrico, colgó definitivamente.

—…

Lucrecia se dirigió a su habitación. Se miró en el espejo y abrió la boca. Limpió el vaho del vidrio y buscó la causa de su problema más allá del paladar. Vociferó una blasfemia, algo así como “Puta madre”. Apagó la radio, tomó un vaso de leche de principio a fin, y decidió, antes de ir con Christian, visitar a su doctor de cabecera. Minifalda y blusa, por supuesto, tacones, el bolso de ayer, no olvides el abrigo. Uno de sus vecinos adolescentes, apenas escuchó el eco de las zapatillas de aquella mujer rubia despampanante, de caderas pronunciadas y pechos saltones, aventó el control del televisor y escudriñó las llaves de la entrada. Luego de un segundo,

desesperado y sin éxito, ¡a la verga las llaves!

—¡Voy a sacar la basura de la cocina! —eufórico, tembloroso.

Sumergida en el sanitario, envuelta por el humo de un lento cigarro, su madre ni siquiera lo escuchó. El adolescente fue con paso apresurado al bote de basura, retiró la bolsa, la amarró, abrió la puerta, sacó la bolsa, cerró la puerta, tomó la bolsa y esperó a que Lucrecia bajara las escaleras. Ahí estaba. Esas piernotas sostenían el culo más rico que se haya visto en toda la cuadra. A cada taconazo, las nalgas se sacudían. El movimiento era ligero, casi intuitivo. El adolescente la siguió con celo hasta la puerta principal.

—Señorita, le ayudo a ponerse el abrigo —sugirió.

Qué vecina más buena tienes, le habían dicho, y él mostraba con orgullo

las fotos que tenía de Lucrecia y el par de videos. Con una vieja así... El joven deslizó, como pudo, su mano por el abrigo hasta tocar ligeramente la curvatura de su trasero y lo vio alejarse, al fin, mientras abría el compartimento de la basura. Colocó aquella inmundicia revuelta, mientras contemplaba hasta la próxima esquina el arrullo de las caderas.

Un taxi lanzó las luces y sugirió con claxon incluido que estaba libre. Lucrecia aceptó.

—¿A dónde la llevo?

Luego de un par de intentos fallidos, Lucrecia fingió que era muda. "Yo", manos al pecho, "no", dedo índice de izquierda a derecha, "hablo", dedos que se abren y se cierran. "Siga adelante", mano derecha con muñequeo frenético.

Antes de arrancar, el taxista acomodó el retrovisor para ver mejor los ademanes de su pasajera y de paso echar un vistazo al triángulo que inevitablemente se delinea entre las piernas y la minifalda. Todo el camino miraba de reojo a aquella mujer limpia, ligera. La imaginó en el asiento del copiloto, así, con su minifalda, al principio recatada, que no, cómo crees, y después con una sonrisa celestina, nos van a ver, vamos a otro sitio. Conocía el lugar perfecto: un terreno baldío en las orillas de la ciudad. Los gimoteos de esta mujer se mezclarían con el ladrido de los perros o las sirenas ocasionales de las patrullas. Bajaría sus bragas, la colocaría de espaldas al volante y la empotraría en sí. "Mudita, como me gustan", pensaba.

Arribaron a la clínica, no sin dar un par de vueltas extras a la manzana. Ella pagó y, con ambas manos, dio a

entender que el cambio es para usted. El taxista, muy lejos de sí, pensó sin desenfreno un par de piropos, mientras ella salía del taxi, sin reparar en la abertura de sus piernas. Todavía otro conductor, carril contrario, miró a aquella viejota bajar con seguridad, y miró también, con algo de displicencia y celos, la sonrisa del taxista.

El doctor, que platicaba con un par de enfermeras en la recepción, entrevió la silueta de Lucrecia.

—Háganla pasar —ordenó camino a su consultorio. Arregló el cuello de la camisa, abrochó los botones de la bata, se peinó. Adelante. La melanina hizo milagros en esta mujer: ojos claros, trigueña, cabellos oscuros. El resto era un poco de rubor en las mejillas y un mucho de lápiz labial color sangre.

—¿Cómo estás, Lucrecia?

—…

—Doctor, la señorita amaneció afónica —interrumpió una enfermera.

—Perdónala, es nueva *(a Lucrecia)*. Déjeme a solas con la paciente, por favor *(a la enfermera)*. En ese caso, toma asiento en la mesa de exploración *(a Lucrecia)*. Dame eso *(se refería al abrigo)*.

El doctor trató de tranquilizarse, respiró profundamente, mientras acomodaba el abrigo en el perchero.

—Vamos a ver… —exclamó.

—…

Miró con disimulo el escote. Estetoscopio en mano, comenzó por la espalda.

—Por favor, respira…

El busto, en cada exhalación, se pronunciaba más y más. Pensó en la fortuna láctica del futuro hijo de Lucrecia.

—No es por aquí.

El doctor pasó de los pulmones al corazón.

—De nuevo. Inhala… exhala… Otra vez. Una vez más. Por último.

Tomó un abatelenguas y examinó con detenimiento la garganta de Lucrecia, la lengua de fuera, larga, salivosa, la boca grande, profunda, húmeda. El doctor explicó a Lucrecia que era urgente aplicarle una inyección, pues la garganta no se ve bien, está muy enrojecida. Recuéstate y descubre el glúteo, por favor. Tiró el abatelenguas, buscó algodón, un poco de alcohol y tomó una ampolleta. Verás que te sentirás mejor después de esto.

Lucrecia levantó la falda. El doctor, jeringa en mano, la subió un poco más, y vio no un cuadrante, sino los cuatro de cada lado. Desinfectó la zona, mientras el músculo temblaba con movimiento trepidatorio. Probó si la aguja no estaba tapada: un chorro de líquido salió de ella. Palpó con la mano

izquierda el glúteo derecho y aplicó con sutileza la inyección. Vertió en ella todo el líquido, miligramo tras miligramo. Lucrecia sintió un ligero piquete, nada grave. El doctor sacó la jeringa y con el algodón presionó el área afectada durante, qué será, unos minutos, primero con el algodón en la mano izquierda, donde estaba originalmente, luego con la derecha, y así.

—Doctor, tenemos un paciente herido —interrumpió de nuevo la enfermera.

—En un momento estoy con él —dijo, aliviado—. Eso es todo, Lucrecia.

El doctor amablemente ayudó a acomodar la falda en su lugar, aquí está tu abrigo. En su escritorio, llenó el formulario, escribió un par de nombres impronunciables de medicamentos y, con minuciosa caligrafía, agregó: "nueva visita en una semana".

—Cuídate mucho.

—… —dijo “gracias”, sin duda alguna.

La vio alejarse hasta el mostrador, donde Lucrecia entregó la receta a una de las enfermeras. Desde su consultorio, el doctor seguía observándola. Todavía Lucrecia le dijo adiós con la mano.

—Doctor, el paciente…

—Ya voy, ya voy.

Lucrecia emprendió la caminata hasta la casa de Christian, que estaba relativamente cerca. Cada vez que abría el compás, se sugerían sus piernas largas y torneadas. El joven de los periódicos dejó de consultar la sección de damas de compañía y prefirió acompañar el vaivén de la minifalda tableada, arriba de la rodilla, escudo en blusa; dos hombres trajeados suspendieron su reunión en una de las mesas para fumadores de un restaurante, pues veían a la secretaria

perfecta, falda estrecha, blusa transparente; los peatones disfrazaban a Lucrecia ora de policía, ora de profesora; algunas mujeres ocasionales criticaron la forma en la que Lucrecia caminaba, que el abrigo no combina, es una zorra, nada más provoca a los hombres…

Al fin Lucrecia llamó a la puerta de la casa de Christian. Éste, con desprecio, la hizo pasar. Las miradas por fin callaron, el ruido y los gestos obscenos quedaron distantes, encerrados en el exterior.

—… —…

—¿Y no dices nada?, ¿a qué vienes entonces?, te estuve marcando como tonto y tú ni tus luces, ya estoy cansado de esta relación, me has hecho mucho daño...

Lucrecia le propinó una cachetada certera y comenzó a desabrochar con furia el cinturón de Christian, pues,

bajo ese cielo invernal, con las manos y las nalgas frías, una boca caliente dice más que mil palabras.

CAROLINA

PUES bien, una niña viaja con su madre en el transporte público. Se llama Carolina y viste un traje azul. Carolina y su madre no están sentadas una al lado de la otra. (Primero, ambas estaban de pie; después, quedó libre un asiento: Carolina, por órdenes de su mamá, se dirigió a él; finalmente, un pasajero cedió su lugar a la madre de Carolina, lejos de ésta.)

La madre advierte que su hija recarga la cabeza en el respaldo y amenaza con dormir.

—¡Carolinaaaa!

La pequeña se estremece (y varios pasajeros más). Despierta. Sacude la cabeza.

Minutos después, Carolina, cuerpo acurrucado, acalorada, cede un instante ante el sueño y entrevé, a lo lejos, la hierba de su parque favorito. Podría tirarse y rodar cuesta abajo…

—¡Carolina!

Sin derecho a réplica, Carolina ordena que despierten sus ojos. Con sus manos abre los párpados que pesan tanto como un muñeco de felpa de su tamaño. Pero algo, no se sabe qué (la resbaladilla, el subibaja, los encantados) la obliga a caer, por escasos segundos, en las redes del sueño. Esta vez, en un diminuto pestañazo, mira a otra Carolina que en cada mano sostiene un algodón de azúcar y que, de repente, siente sus pies tan suaves como el algodón. Ella o ella mueve sus dedos desnudos llenos de alivio y se da cuenta de que está parada en la alfombra que tanto le gusta de su

tía Paz, junto a Lucas y Felipe (un par de caninos french poodle).

—¡Carolina!

Pero a Carolina no le importa. Cierra sus ojos y camina por la hierba. Se dirige al centro del parque, entre nubes y algodones de azúcar. Se tira en la alfombra de la tía Paz junto a Felipe y Lucas y desde ahí, acostada, estira sus manos y arranca un pedazo de nube, que coloca debajo de sus cabellos. Carolina se entrega por completo al sueño, que besa su frente y le da las buenas noches.

REPORTE DE *LA PASIÓN DE UN LECTOR* DE NORBERTO BOIATO

DESPUÉS de la página noventa y nueve, el libro estaba en blanco. Lector[1] había leído en el prólogo que el banquero Suelto urdía un plan en contra de su amigo, el doctor Bayarreina. Pensó que esto tenía algo que ver con el asesinato de la rubia Cenizas, alguna vez prometida del banquero. Lo cierto era que alguien moriría en las venideras páginas y

[1] *Lettore* en el original. La traducción de los nombres (Lettore, Cash, Queensberry, Ashes, Libraio, Cesare della Chiocciola, Williamson, Marshall) y los pasajes citados es mía. Boiato nos tiene acostumbrados a este tipo de nombres para sus personajes.

Lector estaba ansioso por saber el nombre de la víctima. Dio vuelta a la hoja (al final del capítulo II) y nada, ni una sola palabra. Cerró y abrió de nuevo el libro, acaso para enmendarlo, pero sin éxito. Los libros guardan cosas maravillosas, lo sabemos, pero ésta le pareció a Lector algo menos que soez. Miró por la ventana; era tarde ya para buscar a Librero, quien días atrás le había vendido la novela con la promesa de que sería un texto digno de memoria. "Mañana", pensó.

Cabe decir que Lector sabía muy poco de literatura. A decir verdad, se había convertido en lector desde que se encontró con el prólogo a la obra que nos ocupa de César de la Caracola, descubridor, editor y crítico de la novela inconclusa. En el prólogo, fueron escasas líneas las que motivaron a Lector a comprar el libro. Escribe De la Caracola: "El advenimiento de una obra de este

género en los primeros pasos del siglo XXI es un hecho que debe celebrarse, en especial si pensamos en los últimos intentos narrativos de nuestras letras. Sería una vergüenza no leer esta novela". Lector tomó el ejemplar sin pensarlo y preguntó el precio a Librero. "50", respondió éste, "es un libro digno de memoria". Lector vio en aquella novela la posibilidad de realizarse y dejar de ser… lo que era. De sus bolsillos tomó un billete de 50 y pagó.

La novela en cuestión es *El hombre gris*. En el índice se enlistan cuatro capítulos. El Capítulo I describe al doctor Bayarreina y al banquero Suelto; narra también de forma sucinta la muerte de la rubia Cenizas.

Bayarreina era, además de médico, un razonador al puro estilo de los personajes de relatos policiales. Le gustaba resolver los casos médicos con base

en las pistas ofrecidas por el semblante y los rasgos de las personas. Quizá hubiera admirado a Dupin y al padre Brown de haberlos conocido. Tenía fama de curar a sus pacientes antes de que estos dijeran cuáles eran sus males.

> En toda la ciudad era bien conocida la historia de un paciente escocés que llegó al consultorio de Bayarreina con un dolor de cabeza intenso. El paciente cruzó la puerta cuando el doctor le dijo que las ojeras y su mano siniestra lo delataban; le sugirió buscar una mujer.

El pasado del doctor era una incógnita. Se dice que visitó a Suelto apenas puso un pie en la ciudad. Al principio, Suelto dudó de este forastero de vida desconocida, pero, conforme pasaba el tiempo, el doctor llegó a ser consi-

derado por el banquero una persona digna de confianza, agradable, hábil y con cartas bajo la manga.

Suelto, por su parte, “era un hombre sumamente rico. A su cargo estaban los dos bancos de la región”. Durante su juventud lo habían educado para administrar el capital de la familia. Así lo hizo desde que sus padres murieron antes de que él cumpliera 20 años.

Estuvo a punto de casarse con la señorita Cenizas, una hermosa joven del norte; pero el matrimonio nunca se realizó. Se dice que el doctor Bayarreina la frecuentaba todos los sábados después del té y antes de jugar la partida de ajedrez con Suelto. Los rumores de la gente llegaron a oídos del banquero. A pesar de las peleas entre los dos amigos,

nunca se pudieron comprobar las acusaciones en contra del doctor.

El problema terminó cuando, con el pecho partido a la mitad, apareció en una plaza el cuerpo de la señorita Cenizas. Bayarreina y Suelto la incineraron y la lloraron, luego el tiempo se encargó del olvido.

En el Capítulo II entra el hombre gris. Se relata cómo el doctor y el banquero, dedicados al ocio (argumento, por demás, poco creíble), se proponen como pasatiempo el asesinato de un hombre.

—No sabía de él —continuó Suelto— hasta que lo encontré varios días a la misma hora en la taberna del hijo de Guillermo. Un personaje solitario. Pisé su rastro una tarde y supe que vivía muy cerca de la casa de Maris-

call, el abogado. Camina con la vista baja, como si su destino no le importara. Es un hombre deslucido, enclenque, con los huesos de la espalda marcados en el traje gris. No sé su edad, pero tendrá unos 50. ¿Qué dices?

Páginas después, se narra cómo los dos amigos se adentran en la vida del hombre gris.

Al día siguiente, y por una semana, Bayarreina y Suelto fueron su sombra. Descubrieron más información sobre el hombre gris: no tenía compromiso ni empleo, tal vez viudo; apenas había llegado a la ciudad; 43 años (según el abogado Mariscall). Pasadas las 9 de la noche entraba a la taberna y elegía siempre una mesa apartada del

resto de las personas. Se acercaba a él la camarera y, sin dirigirle aquél la mirada, ordenaba un tarro de cerveza. Salía de la taberna del hijo de Guillermo y volvía a casa. Antes de medianoche, todas las velas se apagaban.

Luego de conocer un poco más al hombre gris, el banquero y el doctor urden la estrategia para matarlo.

Un día completo discutieron sobre la mejor forma de darle muerte. Bebieron y fumaron al punto de alucinar. Pensaron en muertes rápidas, crueles, sin pistas, con pistas, en un lugar público, a plena luz, en alguna calle oscura… Ya en la madrugada acordaron que sería el domingo con la luna como testigo, luego de que el hombre gris saliera de

la taberna del hijo de Guillermo (idea de Bayarreina). El lugar del asesinato: la casa del hombre gris. Forzarían la puerta y esperarían justo en la entrada (idea de Suelto). Le cortarían el cuello con un bisturí (idea de Bayarreina).

Después de esto, como sabemos, Lector dio vuelta a la página y el texto desapareció. Gracias al prólogo de De la Caracola, Lector dedujo que el hombre gris y Suelto se habían puesto de acuerdo para tenderle una trampa al doctor Bayarreina, asesino de Cenizas. Lector, sin embargo, recordó que la novela había hecho hincapié en lo sagaz que era Bayarreina (no por nada Suelto tardó tanto en saber la verdad), así que no podía caer sin descubrir algo de lo que el hombre gris y Suelto tramaban.

Pues bien, luego de que Lector descansa y Boiato cuenta una novela dentro de la novela, continúa la historia principal.

A la mañana siguiente, Lector llega donde Librero. Se para enfrente de él y dice:

—Hace un par de días vine a comprar un libro; es una novela que trata de un crimen. Ayer en la noche noté que la novela está inconclusa. Quizá sea un error de impresión. Desde la página cien el libro está en blanco.

—Supongo que quieres que te devuelva el dinero.

—El dinero no me interesa, sólo quiero continuar con la lectura y ser un lector.

—¿Lector? Para ser un verdadero lector, debes involucrarte en la historia, amigo, no sólo

leer. A ver, muéstrame el ejemplar.

Lector lo extiende. Librero, quien no recuerda nada, ni siquiera el rostro de Lector, toma y observa el volumen. Se dirige al fondo de la librería, consulta su catálogo, pierde varios minutos en los anaqueles y hace un par de llamadas. Al final se dirige a Lector:

—Lo lamento, este libro ni siquiera existe en la librería. ¿Estás seguro de que lo compraste aquí?

—Por supuesto.

—Varias personas vienen a la librería a robar, unos fingen que el libro está en malas condiciones, otros que está subrayado, etcétera. No es mi problema.

Lector, furioso, dice a Librero que es un imbécil y que no pretende robarle, e insiste que su único deseo es leer la novela. Librero ignora esto último y prefiere asistir a otras personas. "Le recomiendo este libro, es un texto digno de memoria", dice.

Lector regresa a casa con el libro bajo el brazo. En el sopor del sillón, recuerda una idea que De la Caracola desarrolla en el prólogo a la novela, algo sobre los personajes movibles o móviles[2]. Toma de nuevo el libro e interroga con ansiedad los párrafos. Entonces lee:

> Si hay personajes en la historia de la literatura que son perfectamente espejo de individuos verosímiles (como Bayarreina, Suelto o el hombre gris); si una de las tantas cosas que ha hecho la lite-

[2] Recordemos la obra ensayística de Boiato.

ratura es ser reflejo del rostro del hombre que ha trazado su vida, sus fascinaciones, sus anhelos, sus pesares en letras; si hay una correspondencia y juego y salto entre la literatura y la vida real, ¿por qué no la habría entonces dentro de la misma literatura, por qué no pensar que cualquier personaje de ficción puede sustituir el lugar y el papel de otro con el único fin de que la literatura continúe? Yo creo firmemente que se podría hacer un experimento donde estos personajes movibles sean los protagonistas de la historia.

Como una revelación, Lector va a la cocina y toma un cuchillo nada discreto. Después busca un abrigo y luego la calle. Mientras camina, siente cómo la

historia recorre su cuerpo, o lo que sea. De su puño surgirá el final, después de todo, qué es eso de vender libros inconclusos. Es domingo y la ciudad luce desértica.

En este punto, la historia toma otra dirección, pues el personaje principal, Lector, se convierte en Lector activo. No sabemos con certeza, sino hasta el final, lo que hace durante el día. En cambio, seguimos el itinerario de Librero, quien sale un par de veces para atender otros asuntos. Anochece y Librero cena en un pequeño establecimiento de luz tenue, apartado de toda suspicacia, llamado *Nota al pie*. Después de cenar, Librero paga la cuenta y sale del lugar. Mientras camina, piensa en lo fastidioso que pueden ser los lectores, recomiéndeme un libro, qué me sugiere. En estos pensamientos va enfrascado, cuando

llega al fin a su casa. Y entonces la puerta abierta…

Esa misma noche, con la luna como testigo, Lector lee gustoso el final de su novela:

> El hombre gris pagó la cuenta y salió del lugar. Pensaba en la fortuna que le había prometido su amo, el banquero, quien daría muerte a su único amigo y verdugo de la señorita Cenizas: el doctor Bayarreina. Qué le importaba el ajuste de cuentas de estos dos desgraciados. En unas cuantas líneas tendría el suficiente dinero para huir y ser otro hombre… Llegó a la puerta de la que hasta ese momento había sido su morada. La puerta abierta. Entró a la casa y lo primero que vio, a la luz de la sangrienta luna, fue el cuerpo de su amo, tendido, sin

rostro. Y antes de que dijera una palabra, incluso antes de demostrar su sorpresa, sintió el íntimo bisturí partiéndole el cuello.

PERSONAJES

TODAS las mañanas saludaba con agrado a sus personajes. La rutina de sentarse frente a la máquina de escribir y delinear sus rasgos cada tarde había hecho que la convivencia entre creador y criaturas fuera común. Un escritor se acostumbra. Le ayudaban a ponerse las pantuflas y bajaban con él las escaleras, aguardaban afuera del baño con la toalla doblada y seca, compartían la mesa a la hora del desayuno y de la comida; pero tenían estrictamente prohibido entrar a la biblioteca en las tardes, donde eran sólo él y su Olivetti Lexicon 80. Raras veces despertaba y veía junto a él una nueva silueta que después de semanas o

meses —¿cuánto toma crear un personaje?— distinguía su rostro. Digo raras veces porque, como sabe nuestro lector, los personajes se pueden reciclar.

Una tarde que decidió leer y no escribir, hojeó un libro de Borges en el que más de una vez se hablaba de los espejos. Hasta ese momento había ignorado la existencia de un objeto, cuya función era copiar fielmente la forma de otros objetos. De la lectura y el asombro, pasó a la curiosidad de saber cómo era su rostro. Pensó que como buen escritor de cuentos y novelas y decenas de personajes, trazar el perfil de una cosa era asunto de principiantes.

El resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, dibujó letra a letra la forma del espejo. Luego de su descripción, lo imaginó arriba, inquietante, a la espera, a un costado de la cama…

—Pero no debe subir las escaleras, entrar a su habitación y descubrir que es un personaje.

ÍNDICE

Personajes



de
Salvador Calva Carrasco
se imprime en diciembre de
2014
en una imprenta gringa
cuando en nuestro país la
crueldad
parece la voz del espíritu.

¡Hecho con el corazón en México!

www.editorial-paroxismo.com